FRANCESCA CAVALLO

CUENTOS ESPACIALES para NIÑOS del FUTURO

De la autora de *Cuentos de buenas noches para niñas rebeldes*



Ilustraciones de Luis San Vicente

Epílogo de Pedro Mañas

DESTINO

FRANCESCA CAVALLO

CUENTOS ESPACIALES *para* NIÑOS *del* FUTURO

De la autora de *Cuentos de buenas noches para niñas rebeldes*



Ilustraciones de Luis San Vicente

Epílogo de Pedro Mañas

DESTINO

DESTINO INFANTIL & JUVENIL, 2025
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.es
www.planetadelibros.es
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Storie Spaziali per Maschi del Futuro*
© del texto: Francesca Cavallo, 2024
© del texto y las ilustraciones: Undercats, 2024
Undercats y Maschi del Futuro son marcas registradas.
© de las ilustraciones: Luis San Vicente, 2024
© epílogo de Pedro Mañas, 2025
© de la traducción: María Cárcamo Ramos, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: octubre de 2025
ISBN: 978-84-08-30939-0
Depósito legal: B. 15.983-2025
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados
de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque
sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar
este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa
de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar
o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la
web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de
sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

ÍNDICE

EL PLANETA DE LOS ARCHIBONZOS 26

EL PLANETA DE LOS PIRATAS 38

EL PLANETA DE LA SELVA ENCANTADA 48

EL PLANETA DE LOS OGROS 60

EL PLANETA DE LOS DOS FANTASMAS 74

EL PLANETA AZUL 82

ESTACIÓN ESPACIAL ADULTOS

INTRODUCCIÓN 12

EPÍLOGO de Pedro Mañas 170

SOLO SE ADMITEN
ADULTOS SI VAN ACOMPAÑADOS
DE NIÑOS

EL PLANETA DE LOS CUMPLEAÑOS 96

EL PLANETA DE LOS PINCELES MÁGICOS 108

EL PLANETA DE LAS RANAS 120

EL PLANETA APESTOSO 130

EL PLANETA DE LOS CONEJOS 144

EL PLANETA DE LA CHATARRA 156

AGRADECIMIENTOS 174

LA AUTORA Y EL ILUSTRADOR 176



EL PLANETA DE LOS ARCHIBONZOS

SOBRE UNA COLINA AZUL, EN UN PLANETA ATRAVESADO POR UN GRAN RÍO ROSA, SE ERGUÍA UN PALACIO CON MIL HABITACIONES.

Trescientas eran dormitorios, otras trescientas, baños. Luego había cien cocinas, ochenta salas de juegos y veinte piscinas. De las doscientas estancias restantes nadie sabía nada. En aquel palacio enorme vivían cuatro personas: un niño llamado Bartolomeo, una niña llamada Vanda y sus padres, los archiduques de Archibonzo.

Los Archibonzo habían vivido allí desde hacía generaciones. En el pasillo más largo, de hecho, colgaban un montón de retratos de todos los grandes hombres que habían gobernado hasta aquel momento. Al final de la galería destacaban dos marcos suntuosos y vacíos.

—Algún día yo estaré aquí, hijo mío —le dijo el archiduque a Bartolomeo.

—Y ahí estarás tú —añadió la archiduquesa.

Nadie se preocupaba de Vanda, la niña. Además, en los cuadros no salía ninguna mujer. La tradición exigía que el primer hijo varón heredara el palacio, con el objetivo de dejarlo a su primogénito, y así sucesivamente.

—¡LA TRADICIÓN NO SE TOCA!

—decían al menos una vez al día el archiduque y la archiduquesa. Pero la tradición tenía un precio.

Con sus trescientas chimeneas y sus veinte piscinas, aquel palacio consumía toda la leña y toda el agua de todo el planeta, circunstancia que dejaba a los habitantes que vivían alrededor del palacio sedientos y ateridos de frío.

Un día, una anciana con los hombros y los dedos curvados por la edad pidió audiencia al archiduque, que la recibió arrellanado en su enorme butaca roja, con la archiduquesa y sus dos hijos al lado.

—Me muero de frío y no tengo agua para lavarme ni para beber —dijo la anciana—. ¿No podría vivir en una de las doscientas habitaciones que no utilizan?



—¡Qué idea más insólita! —respondió el archiduque—. Desde que el mundo es mundo, en este palacio solo pueden vivir los archiduques de Archibonzo, y usted, con todos los respetos, no es ni un archiduque ni una Archibonzo.

Luego miró a su esposa y recitaron al unísono:

—LA TRADICIÓN NO SE TOCA.

Vanda corrió a llenar una jarra de agua y se la llevó a la señora, para gran disgusto de sus padres. Bartolomeo estaba a punto de decir algo, pero se calló para no disgustarlos él también.

Entonces, la anciana dirigió su rostro arrugado hacia él.

—Por la codicia de los Archibonzo y por tu silencio, te maldigo —le dijo—. Podrás ser archiduque y gobernarnos, pero no serás capaz de gobernarte a ti mismo. Flotarás, sin descanso, mientras los Archibonzo y sus descendientes sean soberanos de este planeta.

Bartolomeo notó que un escalofrío le recorría el espinazo. Quería suplicar a la anciana que lo

perdonara, pero, una vez más, se le quebró la voz. Mientras observaba cómo la joroba de la mujer desaparecía por el portal, notó que su cuerpo perdía todo su peso, como si una fuerza invisible estuviese tirando de él hacia arriba. Buscó frenéticamente algo a lo que agarrarse, pero ya estaba suspendido en el aire.

—¡Deprisa! —gritó el archiduque a la archiduquesa, mientras se ponía de pie sobre el trono para agarrar la pierna de su hijo—, ¡dame una cuerda!

La archiduquesa cogió uno de los cordones de las cortinas, ató un extremo al tobillo de Bartolomeo y el otro a la muñeca de su marido.

A partir de ese día, el archiduque se llevaba a su hijo allá donde fuera, como si se tratara de un globo atado a un cordel.

—¡No te preocupes, hijo mío! —gritó el archiduque para que su hijo lo oyera—, yo gobernaré por ti, pero igualmente colgaremos tu retrato en la galería.

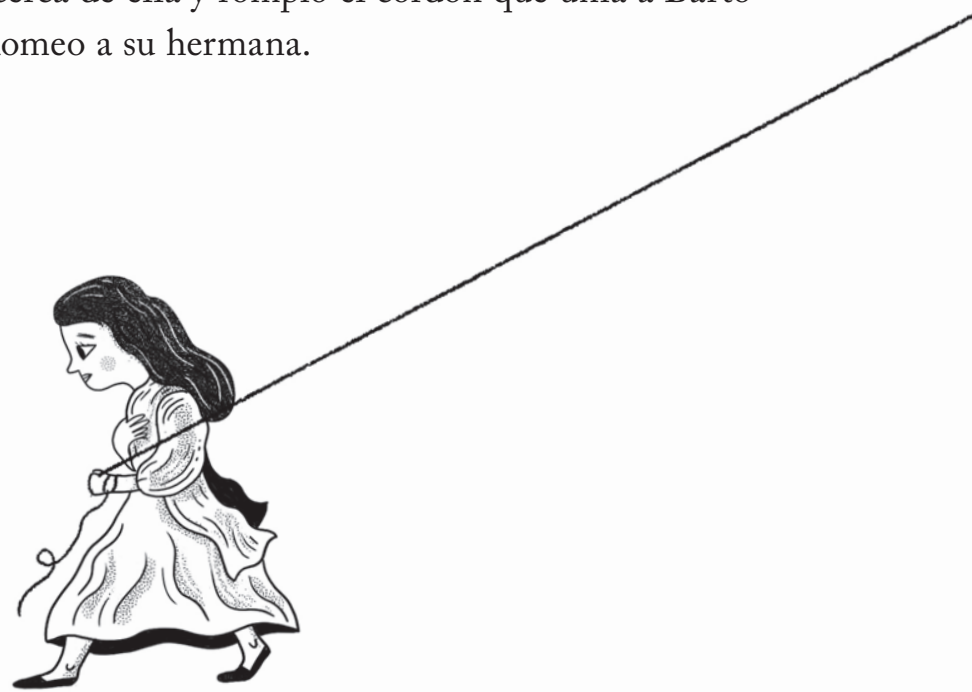
Mientras tanto, Bartolomeo, desde las alturas, podía apreciar aún mejor el sufrimiento que su padre estaba provocando a su pueblo, y Vanda, desde el suelo, veía como su hermano se entristecía.

Una noche, una terrible tormenta asoló el planeta. El archiduque, que debía salir a anunciar a sus súbditos que dejaran de lamentarse y que

empezaran a beberse el agua que caía del cielo, decidió dejar a su hijo en palacio, atado al respaldo de una silla.

Cuando Vanda se percató de esto, entendió que era su oportunidad. No podía soportar ver a su hermano reducido de aquel modo, así que desató el cordón de la silla, se lo anudó a la muñeca y huyó en plena tempestad.

Los truenos ensordecedores y los rayos fulgurantes parecían querer partir el cielo en mil pedazos. El firmamento permaneció intacto, pero justo cuando Vanda estaba a punto de entrar en una pequeña cueva para resguardarse, cayó un rayo cerca de ella y rompió el cordón que unía a Bartolomeo a su hermana.





Desesperada, Vanda gritó y pidió ayuda, pero nadie podía oír sus lamentos por encima del fragor de la tormenta. En un instante, el niño fue arrastrado, empujado a derecha e izquierda por el viento, como un barco de papel entre las olas de un mar revuelto. Voló cada vez más lejos hasta que se enredó en las ramas del gran árbol lila, el más grande de todo el planeta. Allí, exhausto, se quedó dormido.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, la tormenta había amainado y se encontró a pocos centímetros de la cara de…

—¡Vanda! —exclamó Bartolomeo loco de alegría.

—¡POR FIN TE HAS DESPERTADO!

—exclamó la niña, y le estampó un sonoro beso en la frente.

—Pensaba que no volvería a verte nunca más —respondió el niño.

Con cuidado de no arañarlo, Vanda lo ayudó a soltarse de las ramas del árbol lila y le contó todo lo que había visto mientras corría detrás de él para no perderlo de vista en la tormenta. Entonces, ambos decidieron viajar a lo largo y ancho del planeta. Vadearon el río rosa, treparon montañas completamente amarillas y corrieron a más no poder por llanuras de espigas rojas muy altas que les hacían muchas cosquillas. Descubrieron que cuanto más se alejaban del palacio, más hermoso era el planeta.

—¿No estás enfadada conmigo? —preguntó una tarde Bartolomeo a su hermana, mientras sostenía una piedra entre las piernas para poder sentarse a su lado junto al fuego.

—¿Por qué? —preguntó Vanda.

—Porque no te han pintado ningún cuadro —respondió el chico, sonrojándose.

—Si me encerraran en uno de esos marcos me moriría del aburrimiento —se rio Vanda.

—Quizá deberíamos volver a casa —dijo Bartolomeo.

—Sí —coincidió Vanda—, volvamos.

Y así, esa alegre niña y su hermano volador emprendieron el camino hacia el palacio.

Cuando llegaron, descubrieron que, por desgracia, la archiduquesa y el archiduque habían fallecido, uno atragantado con un hueso de pollo y la otra con una loncha de jamón demasiado gruesa.

Bartolomeo y Vanda llevaron flores a la tumba de su madre e hicieron pintar un bonito retrato del archiduque para colocarlo en la galería, tal como él habría deseado. Entonces Bartolomeo tomó el marco vacío que un día debía contener su retrato, lo descolgó de la pared y, mirando a su hermana, dijo:

—Yo también me aburriría encerrado en un marco.

AQUÍ TERMINA LA TRADICIÓN DE LOS ARCHIBONZO.

Nada más pronunciar estas palabras, el hechizo se rompió.

Bartolomeo miró hacia abajo y vio que sus pies volvían a tocar el suelo al fin.

El palacio había estado vacío durante mucho tiempo, pero ahora era un hervidero de vida. De hecho, por invitación de Bartolomeo y Vanda, los habitantes del planeta llenaron los pasillos, se zambulleron en las piscinas, y se tumbaron a la sombra de los sauces celestes del jardín.

De las veinte cocinas empezaron a salir aromas de todo tipo y se instalaron largas mesas para todas las personas que pasaran por allí.

Todavía hoy, si llegas a la hora del almuerzo o la cena al planeta de los Archibonzos, podrás participar en uno de esos alegres banquetes y pasear por la galería para admirar los retratos de todos los Archibonzos. O, mejor dicho, de todos menos uno.



